

Vickie

Libro Uno



*Doctora de día
cazadora de zombis
de noche*

EILEEN SHEEHAN

Lectura de muestra

**Vickie: Doctora de día,
cazadora de zombis de noche**

Eileen Sheehan

©Derechos de autor 2024 Eileen Sheehan

Impreso en los Estados Unidos de América

Derechos Electrónicos y Digitales en todo el mundo

Derechos de impresión en todo el mundo

Earth Wise Books

Edición Electrónica

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en ninguna forma, incluyendo digital y electrónica o mecánica, incluyendo fotocopias, grabaciones o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el consentimiento previo por escrito del editor, excepto breves extractos para su uso en reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, los nombres, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Aviso** Algunas partes de esta historia pueden resultar demasiado gráficas, sexualmente explícitas, verbalmente vulgares o violentas para lectores sensibles o traumatizados. Se aconseja discreción al lector.

Anteriormente publicado de Babelcube
©2019 Eileen Sheehan

CONTENTS

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

[UN ADELANTO DEL LIBRO 2](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

[Otros libros de Eileen Sheehan](#)

"¿Por qué debería temer a la muerte? Mientras yo existo, no existe la muerte; y cuando existe la muerte, ya no existo yo. ¿Por qué debería temer lo que no puede existir cuando yo existo?" —Epicuro

UNO

No puedo recordar un momento en el que no estuviera tratando de ayudar a curar a alguien. De niña, en la granja lechera de mi familia, mi misión era ayudar a mi padre con el cuidado de los animales. Mi dedicación era tal que la vez que encontré un pajarito que había caído de su nido, me esforcé por cuidar de su salud y no lo liberé hasta que estuve segura de que podía cuidarse solo.

Originalmente estaba decidida a curar a otros a la antigua usanza, con hierbas y manejo de energías. Leí un montón de libros sobre el tema e incluso tomé algunos cursos en línea. Abandoné la granja en cuanto me gradué de la escuela preparatoria y me mudé a la cercana ciudad de Winchester, Virginia, para encontrar mi camino. Incluso llegué a abrir mi propio consultorio holístico.

Decidí que estaba bien integrar la curación a base de hierbas y energía con la medicina moderna después de asistir a un curso sobre remedios herbales con una duración de seis semanas en el programa de educación comunitaria de la universidad local. Realmente no necesitaba el curso. Me había volcado a ese mundo durante tantos años que, en la línea de remedios naturales o del trabajo de energía reiki, me quedaba muy poco por aprender. Disfrutaba tomar las clases y conocer personas con ideas afines a las mías que además aprovechaban la oportunidad para intercambiar recetas de remedios herbales y sesiones de reiki.

El doctor Peter Thomason era el instructor de esta clase. No lo sabía con certeza, pero supuse que tenía treinta y tantos años. No sólo estaba lleno de emoción por la vida, sino que me parecía increíblemente guapo y carismático. Era más que su físico; que, en sí mismo, era suficiente para hipnotizar a cualquier mujer normal con sangre corriendo por las venas. No podía imaginarme a alguien capaz de resistirse a sus ojos azul rey que se veían aún más azules por las gruesas pestañas negras que los enmarcaban y por la piel bronceada en la que se posaban. El abundante cabello era de un tono cercano al negro ébano con toques de luz solar que lo atravesaban y caía hasta sus hombros. Destacaba mucho más en exteriores que bajo las luces fluorescentes del aula. La mayor parte del tiempo llevaba su copiosa cabellera recogida en una coleta algo pasada de moda, pero hubo ocasiones en que se la dejó suelta y desordenada. En ese estilo, enmarcaba sus prominentes pómulos y su mandíbula cuadrada de una forma que me hacía desear que, en

lugar de sus cabellos, mis brazos envolvieran posesivamente tanta belleza. Me sentaba al fondo del salón y me deleitaba contemplando el cuerpo delgado y musculoso que con toda seguridad se ocultaba debajo de sus holgados pantalones y camisa de lino.

En las pocas ocasiones en que estuve lo suficientemente cerca de él, las feromonas que emitía prácticamente me llevaron a un punto en el que necesitaba abandonar el salón o saltar sobre sus huesos; lo anterior es muy revelador porque entonces todavía era virgen. Como estábamos en un salón de clases con otros estudiantes —y si hubiéramos estado solos yo carecía de la experiencia necesaria para saber cómo atraerlo y conseguir que me tomara allí mismo, sobre su escritorio— cada vez opté por salir del salón. Iba a los sanitarios, me mojaba la cara con agua fresca y recibía un buen regaño de mi imagen reflejada en el espejo.

Acababa de llegar de una gira por África con Médicos Sin Fronteras, de ahí le venía ese bronceado tan memorable. Más de una vez compartió algunas historias sobre cómo fue para él tratar a los necesitados con hierbas y medicina moderna. Fue a través de sus palabras que llegué a la conclusión de que ambas tenían su lugar y ambas tenían su valor. Pronto me di cuenta que combinando las dos, sería capaz de curar de manera mucho más eficiente y efectiva. Al finalizar las seis semanas del curso estaba buscando a qué universidad iría para estudiar medicina.

Lamentablemente el doctor Thomason estaba programado para hacer otra gira con Médicos Sin Fronteras poco después que su curso terminara, pero logré convencerlo de tomar un café conmigo y hablamos de mis planes de asistir a la escuela de medicina antes de despedirnos. Admito que hubiera preferido tener esa conversación entre las sábanas, después de un maratón sexual ridículamente largo en lugar de hacerlo en un Starbucks, bebiendo café con leche y comiendo pan danés de queso, pero no importa. El encuentro con el tan apuesto, y buen samaritano, doctor Peter Thomason, fue tan intenso y profundo que consolidó mi determinación de convertirme en doctora.

Eso fue hace doce años.

Tras completar mi residencia, y con la perspectiva de obtener la licencia médica a mi alcance, la vida se convirtió en un torbellino lleno de actividades, pero hubo ocasiones en que, durante los momentos de silencio en que reflexionaba sobre distintas cosas, una visión del guapo doctor Peter Thomason me venía a la mente y me preguntaba qué buenas acciones estaría haciendo y en qué lugar del tercer mundo estaría.

En cuanto a lo que estaba sucediendo conmigo y en mi mundo... Acepté el

puesto de médico local en una pequeña comunidad, llamada Wolf Junction, en las colinas de Virginia Occidental, no lejos de Mechanicsville. No porque no haya tenido la oportunidad de unirme al personal de algunos hospitales prestigiosos. Incluso me ofrecieron un puesto en un par de clínicas holísticas especializadas en el uso de medicina tradicional y alternativa para tratar enfermedades como el cáncer. Estaba considerando seriamente quedarme en una clínica particular en Phoenix cuando me enteré de la vacante abierta para médico local en Wolf Junction. Al principio, le presté poca atención. Después de todo, yo era una doctora recién licenciada pero no sólo era la mejor de mi clase, sino que también tenía un gran conocimiento en medicina herbal y energética. La libertad que ser el médico de una ciudad pequeña ofrece contra las formas de una clínica con su jerarquía y su reglamento, parecía atractiva. Había hecho la residencia en un gran hospital urbano con sus múltiples reglas, regulaciones y feroz competitividad entre compañeros. Ser capaz de trabajar y tomar decisiones por mi cuenta definitivamente era atractivo. Me convencí después de leer un informe sobre el reciente brote de muertes por causas misteriosas. La idea de ser la doctora que finalmente descubriera la enfermedad que estaba matando a un buen número de los residentes de Wolf Junction mientras otros miraban perplejos, era demasiado atractiva. Sólo debía aceptar la oferta. Además, también me brindaría la libertad que tanto valoraba para integrar la medicina alternativa y tradicional.

Las profundidades de las montañas Blue Ridge no eran exactamente el tercer mundo, pero la sociedad en las ciudades pequeñas tendía a ser menos progresista que en el resto del país. Era lo más cerca del tercer mundo que iba a estar.

Así que, con mi título y mi licencia orgullosamente en la mano, hice las maletas y me dirigí a Wolf Junction, lista a comenzar mi nueva vida como la doctora Vickie Anderson, la doctora del pueblo.

No sabía en qué me estaba metiendo.

DOS

Wolf Junction no estaba tan avanzado social y económicamente como el resto del país pero era un lugar lleno de historia. Para mí, eso era suficiente compensación.

La casa que había alquilado era una enorme casa de estilo victoriano rodeada por un hermoso porche. Era demasiado grande para una persona, pero tenía una oficina de dos habitaciones con un espacio listo para fungir como sala de espera y una entrada independiente. La idea general era que tener mi oficina bajo el mismo techo donde vivía reduciría mis gastos generales. Después de todo, había acumulado una cantidad considerable de deudas para pagar mis estudios. Afortunadamente mis habilidades de cuidados holísticos pagaron la mayor parte de mis gastos corrientes durante mis años de formación, pero todavía quedaba el préstamo que obtuve para costear la escuela, lo veía venir amenazante sobre mí. Por suerte, el lugar estaba parcialmente amueblado. Así que vivía en una casa de más de cien años del tamaño de un mini hotel con suficiente decoración para que pareciera ocupada. Si el lugar no hubiera venido con suficientes muebles para atenuar el vacío de la gran casa, mi cuenta bancaria me hubiera permitido elegir una o dos habitaciones para decorar, dejando el resto a los fantasmas cuyas voces resonaban en las paredes algunas noches.

No estoy siendo dramática cuando digo que resonaban voces en las paredes. Fue culpa mía por alquilar el lugar basándome únicamente en la recomendación de un agente de bienes raíces y las fotos que vi en el sitio web. Si lo hubiera inspeccionado en persona, habría visto el sótano con el equipo necesario para que un embalsamador preparara y preservara los cuerpos antes de ser colocados en las salas del piso superior.

Por alguna razón desconocida para mí, el agente de bienes raíces nunca mencionó el hecho de que estaba alquilando una antigua funeraria. Como no había ninguna ley estableciendo que su antiguo uso debiera ser divulgado, no había nada que pudiera hacer al respecto aparte de recordarme a mí misma que era una mujer de ciencia y medicina. El residuo de la muerte no debería molestarme y no lo haría.

Pese a ser una comunidad pequeña, la ciudad de Wolf Junction se las arreglaba bien para mantener dos funerarias operando hasta que Jack Crowley, el anterior dueño de la casa, murió tranquila y pacíficamente tres años antes. Dirigir una funeraria había sido una tradición en la familia Crowley hasta la muerte de Jack, su esposa había fallecido

diez años antes. Lamentablemente, no tuvieron hijos y ninguno de sus parientes se sintió obligado a continuar su trabajo. La casa era una de las pocas cosas de la herencia a la que los familiares se aferraban. No sabría decir si era por razones sentimentales, ya que fue un Crowley quien la construyó, o con fines de inversión. Intentaron que otro negocio funerario ocupara el lugar, pero, después de tres años sin encontrar ningún interesado, lo pusieron en manos de un agente de bienes raíces para que lo alquilara y, bueno, ya saben el resto.

Al principio el negocio marchó lento. Algunos de los pobladores se mostraban recelosos por frecuentar a una doctora que vivía y trabajaba en una funeraria; a otros les preocupaba que yo fuera tan joven. No ayudaba para nada que el médico al que replacé (muerto de vejez mientras dormía) había tratado a la gente del pueblo durante más de sesenta años. Era difícil llenar sus zapatos.

Mi conocimiento de remedios alternativos jugó a mi favor. Descubrí rápidamente que los lugareños confiaban más en las cosas que provenían de la madre naturaleza que en lo que venía de la farmacia del vecindario. Entonces, comencé a promocionar el lado holístico de mis servicios y poco a poco fui metiendo el aspecto médico en la mezcla.

Al final del tercer mes, parecía que las cosas podrían funcionar para mí. Aunque todavía había espacio para muchos más, tuve suficientes pacientes para llenar al menos tres días de la semana; aunque los extendí entre lunes y viernes lo mejor que pude. Aproveché mi tiempo libre para explorar la zona y mi enorme casa.

Wolf Junction era una pequeña ciudad rodeada por otras pequeñas ciudades anidadas en las colinas de las montañas Blue Ridge. Fue una delicia descubrir la gran cantidad de tiendas de antigüedades que poseían estos pueblos. La historia abundaba.

En una de estas pintorescas tiendas inicié una conversación con la mujer detrás del mostrador. Tenía la edad suficiente para calificar como una antigüedad, pero irradiaba la energía de una jovencita. Su nombre era Megan Hastings y me pareció encantadora.

Megan era una enciclopedia ambulante y tenía conocimientos sobre cualquier tema que surgiera en una conversación, o esa impresión daba. También tenía buen juicio en cuanto a asuntos pragmáticos; como el hecho de que yo estaba sola, vagando en esa enorme casa cuando podría tener la compañía de uno o dos huéspedes.

¡Qué buena idea!

Casualmente, Megan conocía algunos profesionales a los que convendría un

arreglo de vivienda como ese. Por ejemplo, una trabajadora social que viajaba regularmente por toda el área para mantenerse al día con sus casos. Megan estaba segura de que le vendría bien tener un lugar donde pudiera quedarse y guardar algunas de sus pertenencias.

La otra persona probablemente buscaría un trato temporal. Se trataba de un novelista que estaba convencido de que escribía mejor si se instalaba en el área geográfica en la que ubicaba a sus personajes y se exponía a entornos o situaciones similares a las que creaba en sus líneas narrativas. Megan tenía entendido que planeaba quedarse al menos un año. Él había visitado su tienda y habían conversado lo suficiente para que ella se sintiera cómoda recomendándolo como huésped; además hablaba tan mal de la pensión en la que vivía que a ella no le cabía ninguna duda de que la abandonaría con gusto.

Me tomó menos de dos semanas entrevistar a los dos posibles huéspedes, revisar sus referencias y elegirles habitación de entre las muchas que tenía mi casa. De hecho, algunos de los cuartos tenían baños Jack y Jill, así que pude alquilar las dos para crearles un pequeño espacio privado. La vieja Megan no sólo era enérgica y con una gran personalidad, también era un genio.

Recibí el dinero del alquiler de mis nuevos inquilinos y lo destiné al fondo para pagar mis innumerables deudas escolares. Esto me permitió reinvertir en el consultorio el dinero que ganaba.

La vida era buena.

TRES

Angela McGraw era mayor que yo pero no mucho, también parecíamos ser de la misma estatura y hasta ahí llegaban las similitudes. Mi cabello era liso y oscuro, y mi piel clara y sin manchas; ella lucía una cabellera de hirsutos rizos cobrizos y su piel estaba tan salpicada de pecas que era imposible contarlas. Mis ojos siguieron el rastro de pecas hasta el cuello de su blusa de algodón azul pálido y tuve que combatir el impulso de preguntar si continuaban por su espalda y su pecho. Supuse que sí, pero era sólo eso, una suposición. Envidiaba sus impresionantes ojos verdes, los míos eran de un ordinario tono marrón, noté que brillaban como esmeraldas cuando hablaba apasionadamente sobre un tema; lo que sucedía a menudo.

Llevaba cinco años trabajando como trabajadora social y viajando por el condado. Por la manera en que hablaba de su trabajo cada vez que se presentaba la oportunidad, era evidente amaba lo que hacía.

Se mostraba menos extrovertida y abierta a difundir información cuando se trataba de hablar sobre ella o su familia. Las comprobaciones de antecedentes que hice demostraron que había perdido a sus padres al inicio de la adolescencia y que sus tíos por parte de madre la acogieron. Aunque no lo dijo, me dio la impresión de que no les tenía mucho cariño y había abandonado el nido tan pronto como alcanzó la mayoría de edad. Su hermano, Michael, era dos años mayor que ella y murió peleando en Irak. El dolor de la pérdida aún se filtraba en sus palabras al contar la historia.

Era vegetariana y defensora de los animales con una afinidad especial por los gatos. No tenía mascota por la sencilla razón de que viajaba demasiado y no podía llevársela con ella, pero era algo que deseaba. Creo firmemente en el principio de que la gente debería pensar antes de hablar, así que no manifesté intenciones de permitirle tener un gato. Primero necesitaba ver qué tal funcionaba como pensionista. También quería ver si pasaría suficiente tiempo en casa para cuidarlo adecuadamente.

Evan Ottenburg era el nombre del escritor. Obtener información sobre él era un poco más difícil, pero me las arreglé para averiguar lo suficiente como para sentirme cómoda rentándole una habitación. Era un chico pulcro y atractivo, rondaría los treinta y cinco años. A diferencia de Angela, sus rasgos no lo hacían destacar en cuanto entraba a una habitación. Se mezclaba con la multitud de una manera que le permitía el anonimato

que asumí que buscaba para observar a la gente y así obtener ideas para sus historias.

Había conocido a Angela en una de sus visitas a la tienda de Megan y hablaban el uno del otro de una manera que me hizo creer que eran compatibles. Sólo para asegurarme, organicé una pequeña cena y los invité, junto con Megan, el alguacil, Max Orwell y el dueño del periódico semanal del pueblo, Joslin Camp.

Como esperaba, Evan y Joslin conectaron instantáneamente. Al escuchar su conversación, aprendí que Evan comenzó su carrera ejerciendo como periodista en el New York Post. Eventualmente se cansó de la desenfadada carrera por la noticia y trató de escribir ficción. Su talento de sabueso de la palabra combinado con sus conexiones en el mundo de los medios de comunicación, le dieron la base para obtener la publicidad necesaria para que su primera novela se convirtiera en un éxito de ventas. Escribía bajo un seudónimo, pero también aprendí que eso era una práctica bastante común. Muchos escritores lo hacían por diferentes razones; principalmente para conservar el anonimato.

Me reí entre dientes por la reacción de Angela al ver a Max en mi porche ofreciendo su contribución a la velada, una botella de vino. Yo había tenido la misma reacción la primera vez que lo vi. ¿Quién no reaccionaría igual? Fácilmente medía más de un metro ochenta de estatura, sus hombros se parecían a los de un jugador de fútbol, su amplio pecho se afilaba hasta convertirse en unas caderas angostas y un trasero apretado. La tela de los pantalones no se pegaba a sus muslos pero se notaba que eran musculosos y bien formados. Esperaba escuchar que era un fisicoculturista pero eso estaba muy lejos de la verdad. Debía su potente físico al trabajo duro que se requería para ser un granjero exitoso y lo conservaba manteniéndose ocupado en actividades al aire libre, haciendo cosas como senderismo, cazar y acampar. También era sabido que estaba dispuesto a ayudar en la siega del heno si un granjero se encontraba sin ayuda durante la temporada; lo que sucedía con frecuencia. Su espeso cabello color arena era lo suficientemente largo como para cubrir la parte superior de sus orejas y caía sobre su frente de una manera que forzaba a mirar sus ojos, azules como el cielo.

Si hubiera estado interesada en conseguir novio, definitivamente habría puesto mi mirada en Max. De momento estaba demasiado concentrada en hacer que mi carrera despegara como para querer escatimarle el tiempo necesario para mantener una relación con un hombre que no era más que una amistad casual.

Ese había sido mi razonamiento desde que salí de la preparatoria. Aunque parezca increíble, tuve exactamente dos citas en la universidad; ambas resultaron

desastrosas. En mi mundo una salida a cenar y al cine garantizaban un agradecimiento y quizá un agradable beso al final de la velada, pero mis citas sentían que se merecían un salvaje encuentro en la cama. Puesto que yo todavía era virgen y ninguno de los dos me parecía lo suficientemente atractivo como para tentarme a cambiar de estado en ese momento, los mandé a freír espárragos. Nunca llamaron para invitarme a una segunda cita y yo estaba contenta. Sabía que cuando el momento adecuado llegara, sentaría cabeza con un hombre. El momento simplemente no había llegado. Siempre había estado a gusto conmigo misma y no me preocupaba no tener pareja.

La cena no sólo resultó entretenida, sino que sembró el comienzo de varias amistades. Una vez más, elogí la genialidad de Megan. No podía imaginar lo diferente que habría sido mi vida si nunca hubiera entrado a su tienda de antigüedades.